

á quejarse á los jefes (INFESSURA); pero fué grandemente indemnizado por sus amigos, que le proporcionaron á porfía todo aquello de que tenía necesidad. Su admiración por lo antiguo hacia que le pareciesen salvajes las costumbres y creencias de su época hasta el punto de ser acusado de impiedad.

Puede juzgarse, por lo demás, cuán en su infancia estaría la crítica, por el hecho de fray Annio de Viterbo. En el año de 1498 publicó unas historias originales muy antiguas (*Antiquitatum variarum libri XVII*), propias para ilustrar el origen de los pueblos: eran fragmentos del caldeo Berosio, de Fabio Pictor, de Mirsilo de Lesbos, de Sempronio, de Arquiloco, de Canton, de Metastenes, de Marcelo y de otros muchos. La alegría fué inmensa entre los eruditos; el nombre de Annio fué ensalzado hasta las nubes, y los doctos adornaron á porfía sus escritos con preciosos descubrimientos del fraile. Esta manía dañó, por desgracia, todas las historias generales ó municipales escritas en aquella época, por la mezcla de tantas falsedades con tan pocas verdades. Estos fragmentos no eran en efecto más que una ficción, ya emanasen de lo religioso, ya hubiese sido él mismo engañado por alguno de los que especulaban entonces con la manía de las antigüedades.

Una vez conocidos los modelos clásicos, el crédito y el número de las crónicas disminuyó, y de esta manera se perdieron noticias, á veces frívolas, siempre sin trabazón; pero, no obstante, interesantes como revelación de la época y del sentimiento popular. El gusto, que se había mejorado, exigía que la historia tuviese también su belleza: se dedicaron á escribirla con esta idea, comunmente en latín y á veces en lengua vulgar. Uno de los que mejor la escribieron fué Eneas Silvio Piccolomini, de Siena, que espuso los acontecimientos de Italia desde el año de su nacimiento hasta el último de pontificado. Su obra fué impresa ciento veinte años después de su muerte bajo el nombre de Juan Gobelino, su secretario. Se encuentra en ella vigorosa elocuencia, y un estudio atento de los caracteres y de las costumbres. Una larga permanencia en Alemania le permitió contar los hechos de la Bohemia y los de Federico III, bajo el título de *Historia de Austria*. Compuso, además, la cosmografía ó descripción de la Europa y del Asia Menor, así como otras obras de que ya hemos hablado. Su historia fué continuada hasta 1469, por Jacobo de los Ammanati, florentino, á quien el papa dió su propio apellido, el obispado de Pavia y el capelo de cardenal.

Durante su permanencia en Roma, en calidad de secretario apostólico, Leonardo Bruno de Arezzo, testigo de las miserables agitaciones de aquella época, bosquejó una descripción de ellas. Habiendo notado el concilio de Constanza que el partido papal perdía terreno, se refugió á Florencia, donde fué nombrado canciller, y escribió allí la historia de aquella república hasta 1404. Escri-

tor cuidadoso, se vió invitado por los príncipes y visitado por los extranjeros. Ha dejado también traducciones de griego, versos, vidas y cartas muy importantes para la historia literaria de su época.

Juan Cavalcanti contó los acontecimientos de la Toscana desde 1420 hasta 1452 sin tener ni la sencillez del siglo XIV, ni la pureza estudiada del XVII. Pedante, aunque toscano, corrompe la encantadora lengua de su país con voces latinizadas, con adjetivos estudiados, frases contorneadas, arengas á su manera, y en medio de todo esto, locuciones vulgares dichas en tono magistral. Dice *latín por italiano, quírites por ciudadanos*; y con juegos de palabras es como describe los horrores de la toma de Brescia. Güelfo por convicción, Cosme de Médicis fué su ídolo. Maquiavelo le ha puesto á contribución sin nombrarle.

La historia de Florencia ha sido también escrita por Poggio, y Bartolomé de la Escala, á quien la muerte precisó á detenerse en el descenso de Carlos VIII á Italia. La conjuración de los Pazzi por Angel Policiano, elegantes episodios, es un tributo con que pagó la protección que le habían concedido los Médicis. Vespasiano de los Bisticci, librero muy erudito, dejó muchas vidas de sus contemporáneos, buenas por su contenido, pero de estilo descuidado.

El primero que trató la historia de Venecia, fué Andrés Dándolo (1316), narrador árido, sin crítica en lo concerniente á lo pasado, bastante imparcial en las cosas modernas, y abundante en documentos. Marco Antonio Coccio, llamado el Sabellico, escribió también los acontecimientos venecianos, señalándole como apto para la opinión pública con el nuevo título de historiógrafo y bibliotecario de San Marcos, acompañado de un emolumento anual de doscientos cequies, pero desempeñó mal su cargo. Bernardo Justiniano había adoptado mejor el punto de partida para examinar los tiempos primitivos; pero se detuvo en el año de 809. Daniel Chinazzo de Treviso ha dejado en italiano una descripción de la guerra contra los genoveses.

Pedro Pablo Vergerio, uno de los mejores escritores del siglo (1428), escribió con elegancia la historia de los señores de Carrara. Benvenuto de San Giorgio, descendiente de los condes de Biantate, insertó en la de Monferrato útiles documentos. Ya hemos hablado en otra parte de Platino, historiador de Mantua. Además de los continuadores de Caffaro, alaba Génova á Braceli de Sarzana, que sin ostentación ni flores de retórica, escribió en buen latín los acontecimientos de 1412 á 1444, de que estaba tan informado como canciller de la república.

Los reyes de Nápoles tuvieron historiadores en abundancia entre sus protegidos. De este número fué Antonio Beccadelli (1471), llamado el Palermitano, poeta laureado por el emperador Segismundo, que recopiló en cuatro libros los dichos y hechos del rey Alfonso. Pandolfo Colennuccio de Pésaro compuso en italiano un compendio de la

historia de Nápoles hasta su época, después fué estrangulado en su prisión por haber querido entregar su patria al duque de Valentinois (1500).

El primero que ocupó una cátedra de historia en Milan, es Julio Emilio Ferrario de Novara. Después de él, el agustino Andrés Biglia hizo una relación fiel y bastante elegante de los fastos de aquella ciudad, de 1402 á 1431. Pedro Cándido Decembrio, después de haber vivido en la corte de Felipe María (1399 1477), fué un ardiente partidario de la república milanese. Cuando sucumbió ésta se fué á Roma, donde desempeñó, como también en otras partes, el empleo de secretario. En fin, de vuelta á Milan, escribió las vidas de aquel mismo Felipe María, de Esforcia, de Nicolás Piccinino, y una crónica de los Visconti, llena de sencillos detalles á la manera de Suetonio. Juan Simonetta, hermano de Cicco, celebró las hazañas de Francisco Esforcia, á quien siempre había acompañado; adula, pero con gracia, y se manifiesta siempre claro y elegante. Tristan Calco emprendió primero continuar la historia de los Visconti, comenzada por Jorge Merula; después, viéndola llena de fábulas tomadas de Annio de Viterbo, la rehizo adelantándola hasta 1323, no sin criticar los datos y con buen estilo. Su contemporáneo Bernardino Corio, ayuda de cámara de Luis el Moro, ha escrito la historia de Milan más conocida, en un italiano muy dudoso: ignorante cuando habla de las cosas antiguas, es exacto y rico en los hechos contemporáneos y apoya su relación en cartas y documentos.

La vida de Bartolomé Coleone ha sido escrita en latín por Antonio de Cornazzano, que vivía con otros literatos y artistas en el castillo de aquel valiente aventurero; así es que le pinta con lisos colores, que desmiente la historia (9). Lorisio Crivelli y Juan Antonio Campano, escritores toscos é interesantes, han escrito la vida de otros dos capitanes aventureros, Esforcia y Braccio de Montone. La historia de Escaneerbeg en buen latín por el albanés Marino Barlezio, está llena de interés; pero ha desfigurado los hechos, para imitar á los antiguos. Bonino Mambrizio, milanés, fué el primero que puso en colección las vidas de los santos, que sacó de las bibliotecas y de los archivos; compuso dos tomos con elegante estilo, pero copiando hasta los errores, y sin discernir lo que era apócrifo.

Antonio Bonfini de Ascoli, que vivió en la corte de Matias Corvino y de Ladislao hasta 1502, ha dejado tres decadas de la historia de Hungría,

(9) Tenemos también de Cornazzano la vida de Francisco Esforcia en tercetos, y un tratado *De la integridad de la militar arte*, además de un poema sobre el mismo asunto, que se ha impreso muchas veces. *Opera nuova de Mr. Ant. Cornazzano, la quale tratta de modo regende, de motu fortuna, de integritate rei militaris, et qui in re militari imperatores excelluerint.*

buen fuente cuando faltan las demás. Felipe Bonaccorsi ó Calimaco Esperiente, toscano, habiendo huido de Roma en la época de la dispersión de la academia, se detuvo después de haber andado errante largo tiempo en Polonia, donde fué acogido por una mesonera, y después por el rey Casimiro. Empleóle este príncipe con el historiador Dlugos, en calidad de instructor de sus hijos. Ha escrito los fastos del rey Ladislao y la relación de la batalla de Varna, en la que aquel monarca perdió la vida.

Froissart, 1333-1400.—En Francia Juan Froissart figura noblemente después de Joinville y Villehardouin, nacido en Valenciennes en el Hainaut, de un padre pintor de escudos de armas, sirvió á diferentes príncipes en calidad de secretario, fué en busca de aventuras y de instrucción, y en lugar de hacer la novela de su época, trazó la historia tan romancesca por sí misma. Redactó en un espacio de cuarenta años sus *Crónicas*, que comprenden desde el año 1326 hasta el de 1400, y en las que refiere los acontecimientos de todo el mundo, pero sobre todo los de Francia, Países Bajos é Inglaterra. No se podía ser entonces historiador, en atención á la escasez de comunicaciones y la falta de publicidad, sino recorriendo el mundo para observar é indagar; y á esto precisamente es á lo que Froissart estaba naturalmente inclinado por la índole de su talento. Cuando se presentaba en un palacio ó en un castillo, se anunciaba como historiador y con este título tomaba informes, se insinuaba en la confianza, trababa conocimiento con los personajes ilustres, buscaba testigos de los hechos recibiendo regalos de los que deseaban lisonjas en la historia, ó que temían su sinceridad. Cuando tenía que entretener á las señoras en los gabinetes ó en las comidas de los grandes, llevaba consigo para leerla su novela el *Meliados*. Escuchándolo todo de esta manera refiere sin discernimiento. Tanto el viajero que exagera sus aventuras, como el caballero que ensalza sus proezas, el ignorante que refiere tonterías absurdas, son para él datos igualmente auténticos. A veces él mismo se pone en escena. Siguiendo su opinión la historia, se encuentra diseminada en todo el mundo, como lo estaba aun entonces. Anda en busca de la caballería sin advertir que iba concluyendo, ni que el pueblo empieza á figurar en la historia, y sin embargo la hace dimanar de ella. No razonando ni discutiendo, se limita á referir, pero cuenta admirablemente; y aunque manifiesta la intención de ser leído por la posteridad, se ve que más bien destina su historia á entretener los ocios de los señores de su tiempo. De aquí procede aquel aire de novela con que la reviste y que conviene mucho á la pintura de aquella existencia caballeresca pronta á desaparecer, de aquellas guerras, de aquellos incendios, de aquellas bandas mercenarias que viven del pillaje, como también de las cortes, torneos, galanterías y brillantes y leales empresas. No se ocupa de política, ni tampoco de moral y de hu-

manidad; el crimen no le espanta. Dice que Gaston, conde de Foix, es un *excelente príncipe*, aunque dió muerte á uno de sus hijos; refiere con la mayor calma los asesinatos de los ingleses en Francia. Du-Guesclin no pierde nada á sus ojos, cuando deja asesinar á don Pedro en su presencia; las más generosas acciones no le causan sorpresa. ¿Cómo tacharle de contradicción si no tuvo opinión propia?

Froissart nos da á conocer la manera de vivir de los señores describiendo la corte de aquel conde Gaston de Foix en Orthez: «En la época en que me presenté delante de Gaston de Foix tenía éste cerca de cincuenta y nueve años de edad. He visto en mis tiempos muchos caballeros, reyes, príncipes y otros, pero nunca ninguno de tan bello cuerpo ni tan proporcionada estatura; era vivo, de buen color, risueño y de ojos verdes y amorosos cuando quería. Todo él era tan perfecto que no se le puede alabar demasiado... Mandaba dar diariamente en limosnas cinco florines, y además á todos los que llegaban á su puerta. Fué liberal y cortés en regalos. De todos los animales los que prefería eran los perros, y en los campos tanto en invierno como en verano asistía á las cacerías. Era muy accesible á todos, y á todos hablaba con dulzura. Era breve en sus consejos y respuestas. Tenía cuatro secretarios para escribir cartas y contestar... Cuando á media noche salía de sus habitaciones para ir á cenar á la sala, iban delante de él doce pages con antorchas encendidas, y se colgaban otras doce delante de la mesa, que daban gran claridad á la sala, la cual estaba llena de caballeros y escuderos, y siempre estaban las mesas puestas para cenar el que quisiera... Le causaba gran placer oír á los menestrales, pues era perito en su arte y hacía cantar canciones y árias á sus eruditos. Permanecía sentado á la mesa cerca de dos horas, y tenía gusto en que se le presentasen estrafalantos manjares, los cuales una vez vistos, los hacía llevar á las mesas de los caballeros y escuderos.... Veíanse tanto en las salas y habitaciones como en el patio, ir de un lado á otro á caballeros y escuderos de honor. Y se les oía hablar de armas y de amor. Todo honor se encontraba allí dentro. Se adquirían noticias de cualquier reino ó país que fuese; porque de todos los países, por la fama del señor, iban allí gentes».

Froissart tuvo imitadores, entre otros á Enguerando de Monstrelet, que le continuó hasta 1444: también se encuentra instrucción en él cuando no se deja vencer por el fastidio; después le siguió Mateo de Coucy, que llegó hasta 1461. Juan Leclerc, consejero de Felipe el Bueno de Borgoña, escribió también memorias, que comprenden desde el año 1448 hasta el de 1466; los hechos están contados allí confusamente en medio de prodigios y circunstancias pueriles, pero con muchos detalles concernientes á la clase media. Jorge Castelain, autor de una crónica de Borgoña, ha escrito como testigo presencial, dando pruebas de conocimientos y de gran franqueza. Pasaremos en si-

lencio otros autores de memorias, en cuyo género sobresalían los franceses, y que agrada, por el gusto innato en el hombre á particularidades que le conducen á consecuencias un poco más generales. La malignidad encuentra donde ejercitarse, y nuestro amor propio se lisonjea al hallar en él semejanza con nosotros mismos y poder adivinar en los demás lo que hemos sentido en iguales circunstancias.

Citaremos aun aquí, para el interés histórico, á Oliverio de la Marche, page de Felipe el Bueno y capitán de Carlos el Temerario. Describió minuciosamente de qué manera quería ver vestida la dama de sus pensamientos, y sus descripciones se han hecho más sorprendentes por las miniaturas que las acompañan en un manuscrito guardado en la Biblioteca Real. La dama la supone al levantarse. La primera cosa que Oliverio pone delante de ella es un par de chinelas puntiagudas de terciopelo negro, forradas de seda de color de rosa y zapatos de cuero de Córdoba; después medias largas de fina tela encarnada, atadas con ligas azules, una camisa de tela fina, un justillo de damasco blanco abierto por el pecho, por el que se deja entrever una tela carmesí; un cordón que oprime el talle, y encima un cinturón negro con hebilla de oro; de este cinturón pende un acerico de tela de oro bordado de lana, para clavar los alfileres, una pequeña bolsa de oro y perlas, un pañuelito pendiente de una cinta; y en fin, una blanca y fina camisola que le cubre los hombros y el pecho. Su cabello peinado de tal manera que no se ve bajo el velo tejido de oro y seda que lo cubre; una cinta también de oro rodea su cabeza y baja hasta las sienes; lleva en el cuello un gran diamante. Después se pone un traje de tisú de oro de Venecia ó de Luca, forrado de armiño, ajustado con un cinturón esmaltado de blanco, negro y rojo, del que cuelgan rosarios de Calcedonia; en fin, con guantes de España perfumados con violeta, una capucha de terciopelo adornada con estrellitas y cadenas de oro, y un espejo de acero muy brillante, con un cerco de oro para complacerse en el examen de sus encantos.

Cristina, hija de Tomás de Pisano, astrólogo de Bolonia, llamado al servicio de Carlos V, fué educada en la corte de Francia, entre los buenos modales y estudio de las letras: mujer y bonita, sus primeras poesías fueron aplaudidas (10). Animada con este principio, la necesidad la hizo cuando viuda buscar recursos en su talento: una obra histórica titulada *Cambio de fortuna* que escribió entonces, agradó de tal manera á Juan Sin Miedo, que le encargó que escribiese la historia de Carlos V, y le abrió al efecto los archivos del Estado. Pero es bien difícil, sobre todo á una mujer, conservar una mirada segura, rodeada de los favores de los

(10) PETITOT, *Noticia sobre la vida y obras de Cristina de Pisano*.

príncipes; y Cristina hizo casi un panegírico, sin tener intención de violar la verdad. No se podría leer en el día sin cansarse lo que fué entonces tan admirado: muestra, no obstante, viveza poética unida á una razón fina, delicadeza de sentimientos y gran fuerza de talento. Parecerá extraño que haya también escrito sobre el arte militar, ayudada de Frontino y de Vegetio; pero aplicando sus preceptos á los sistemas nuevos. Lo que hizo «no por arrogancia ó loca presunción, sino por verdadero afecto y buen deseo del bien de los nobles en el oficio de las armas.»

Commines, 1445-1509.—Todos estos historiadores fueron sobrepajados por Felipe de Commines, señor de Argenton y ministro de Carlos el Temerario. Cuando Luis XI se encontró en poder de este último príncipe, Commines le ayudó á salir de él, persuadido de que el monarca francés repararía la falta que había cometido, y de que el duque de Borgoña no sabría sacar partido de ella. Pasando entonces del servicio de un amo fogoso al de un rey calculador, fué el confidente de Luis, quien le encargó de negociaciones en Inglaterra, Saboya, Florencia y Venecia: sabía con certeza en qué cantidad se podían comprar, ya los ministros de un rey, ya los magistrados de una república. A la muerte de Luis, se metió en algunas intrigas contra la reina madre Ana; y saliendo mal las cosas, fué puesto en la cárcel: tuvo entonces conocimiento de aquellas «jaulas de hierro y otras de madera, cubiertas de planchas lo mismo por dentro que por fuera, con terribles hierros de cerca de ocho piés de ancho y la altura de un hombre y un pié más. Muchos las han maldecido, dice, y yo también que las he experimentado por ocho meses.» Sin embargo, no se indigna, y encuentra muy natural el ser castigado, no habiendo conseguido la victoria. En efecto, el buen éxito parece su ídolo; se complace en la habilidad, y una mala acción no le causaba despecho, con tal que sea medianamente dirigida. En una época en que la literatura era todo poderosa sobre la imaginación, Commines la desterró enteramente de sus memorias, para sustituirla con la política y la razón. Juzga con rectitud y buen sentido; pero no es el moralista que aprueba ó condena las acciones según la justicia, ni el filósofo que propone un sistema para probar sus asertos, sino el hombre de negocios positivo y calculador. No encuentra expresiones vivas, no se irrita, no reniega, no muestra ninguna pasión, ni la de la ambición, y se abstiene de hablar de sí en el momento que tuvo grande importancia. Aunque era confidente de un déspota, comprendía la libertad y la amaba por la misma razón que Maquiavelo quería el despotismo, porque era útil. Piensa que en política debe seguirse el camino recto; pero que es preciso algunas veces preferir las vías oblicuas; aceptando por lo demás el vicio y la virtud con una indiferencia que es imposible alabar.

Esta frialdad de carácter le hace siempre con-

servar la balanza igual entre los tres grandes príncipes á quienes se acercó, Carlos el Temerario, Luis XI y Carlos VIII. Busca las causas, y á veces encuentra las verdaderas, como cuando su experiencia habla sobre la decadencia de la casa de Borgoña; y en general considera la historia como un estudio (11). Si Froissart no hace más que agrandar y recrear, Commines os hace hombre colocándoos entre los hombres, y mostrándoos los resortes á veces muy miserables que hacen mover este pobre mundo.

Ayala, 1332-1407.—En España los progresos de la lengua y del pensamiento están atestiguados con la crónica de Pedro Lopez de Ayala, nacido en Murcia, gran camarero y canciller de Castilla al servicio de Pedro el Cruel, á quien abandonó por Enrique de Trastámara, sosteniéndole en su rebelión con sus escritos y armas. Aprisionado, compuso el *Rimado de palacio*, en el que enumera en mil seiscientos diez y nueve octavas, todas las crueldades de don Pedro, entregándose á digresiones sobre la religión, la política y la corte de Roma. Había aprendido de Tito Livio, á quien tradujo, el arte de contar á la manera clásica. Prisionero como estaba, su obra lleva el sello de la melancolía y sombrías imágenes; tal vez se muestra en ella injusto con respecto á don Pedro, en quien no hiera al tirano; sino á un enemigo personal. Versado en los negocios, refiere con una sencillez y tranquila gravedad, que le acercan á Villani y Froissart. Si se quiere un ejemplo de la impasibilidad con la cual espone los sufrimientos que ha padecido, elegiremos la primera crueldad de don Pedro, llena de los rasgos característicos, que el arte se esfuerza en vano en reanimar.

....E ese día luego sábado, en la noche después que el rey era ya en Burgos, la reina doña María su madre, envió un Escudero á Garcí Laso que le dijese que ella le enviaba decir que por ninguna manera del mundo otro día domingo non viniese á palacio, e Garcí-Laso no lo quiso creer. Antes otro día, domingo de gran mañana, fué á palacio e estaban las puertas muy guardadas, e entró Garcí Laso e con él Rui Gonzalez de Castañeda y Pero Ruiz Carrillo, sus cuñados casados con sus hermanas, e Gomez Carrillo, fijo de Pero Ruiz Carrillo, e otros Caballeros e Escuderos. E desque fueron entrados do el rey estaba, fuese la Reina para otra camara e fue con ella don Vasco, obispo de Palencia, su Chanciller mayor. E luego que la Reina fué partida de allí, prendieron á tres omes de la cibdad de Burgos, que decían al uno Pero Ferrandez de Medina, e al otro Alfonso Ferrandez, Escribano, e al otro Alfonso Garcia de Camargo e por sobre nombre le decían el Izquier-

(11) En realidad sus historias no eran más que notas dirigidas al arzobispo de Viena, y éste tenía la intención de servirse de ellas para componer una historia en latín.

do. E despues que estos de la cibdad fueron presos e tirados á parte, dijo don Juan Alfonso de Alburquerque á un Alcalde del Rey que y estaba, que decian Domingo Juan de Salamanca: «Alcalde, vos sabeis lo que tenedes de facer.» E el alcalde entonces llegó se al rey y dijole quedo, oyéndolo don Juan Alfonso: «Señor, mandad esto, ca yo non lo diria.» E estonce dijo el Rey muy bajo, pero que lo oian los que allí e estaban: «Ballesteros, prended á Garci Laso.» E don Juan Alfonso tenia y ese dia tres Escuderos sus criados, de quien se fiaba, con otros omes suyos que estaban apercebidos e armados de fojas de yuso de paños e tenían espadas e bronchas, e decíanles Alfonso Ferrandez de Vargas que fué despues señor de Burguillos, e Rui Ferrandez de Escobar e Ferrando Garcia de Medina. E cuando el rey dijo aquellas palabras que prendiesen á Garci Laso, estos tres Escuderos de don Juan Alfonso traxeron luego de Garci Laso muy denodadamente: e dijo estonce Garci Laso al rey: «Sea la vuestra merced de me mandar un clérigo con quien me confiese.» E dijo luego á Rui Ferrandez de Escobar: «Rui Ferrandez, amigo, ruego vos que vayades á doña Leonor, mi mujer, e traedme una carta del papa de absolucion que ella tiene.» E Rui Ferrandez se escusó dello diciendo que lo non podía facer. E estonce diéronle un clérigo que fallaron y por aventura; e apartóse Garci Laso á un pequeño portal que estaba en la posada sobre la calle, e allí comenzó á fablar con él de penitencia. E decia despues el clérigo, que cuando Garci Laso comenzó á fablar de penitencia, que elle catara por ver si tenia algun cuchillo e que non ge le falló. Ea aquella hora que Garci Laso fué preso, Rui Gonzalez de Castañeda y Pero Ruiz Carrillo e Gomez Carrillo, su hijo, e los que tenían la parte de Garci Laso, apartáronse á una parte del palacio e estovieron todos juntos. E don Juan Alfonso de Alburquerque dijo al rey: «Señor, mandad lo que se ha de facer:» e estonce mandó el Rey á Vasco Alfonso de Portugal e á Alvar Gonzalez Moran, que eran dos caballeros que guardaban á don Juan Alfonso, que dijessen á los ballesteros que tenían preso á Garci Laso que lo matasen. E ellos fueron al portal do Garci Laso estaba, e mandáronlo á los Ballesteros: e ellos no lo osaban facer: e eran los Ballesteros uno que decian Juan Ferrandez Chamorro; e otro Rodrigo Alfonso de Salamanca, e otro que decian Juan Ruiz de Oña. E este Juan Ruiz salió al Rey e dijole: «Señor, ¿qué mandades facer de Garci Laso?» E dijo el rey: «Mándo vos que lo matedes.» E estonce entró el Ballestero e

dióle con una porra en la cabeza, e Juan Ferrandez Chamorro dióle con una broncha e le frieron de muchas feridas fasta que murió. E mandó el Rey que le echasen en la calle, e así se fizo. E ese dia domingo por quanto el Rey era entrado nuevamente en la cibdad de Burgos, corrian toros en aquella plaza delante los palacios del obispo al Sacramental do Garci Laso yacia, e non le levantaron de allí. E el Rey vió como el cuerpo de Garci Laso yacia en tierra y pasaban los toros por en somo dél, e mandole poner en un escaño, e así estuvo todo aquel dia allí; e despues fue puesto en un ataud sobre el muro de la cibdad en Comparaanda, e allí estuvo gran tiempo. E despues en esa semana comia el Rey con don Juan Alfonso en su posada: e estando comiendo pasaron por delante de la dicha posada do el Rey comia á San Esteban los tres omes vecinos de Burgos que fueron presos el dia que el Rey mandó prender á Garci Laso, e leváronlos á matar. E fuyeron otros muchos de la cibdad por miedo del Rey.» (12)

Otros fueron pensionados para continuar las crónicas recopiladas por Alfonso X. La biografía más antigua es la del conde Pero Niño, conde de Buelne, caballero de Enrique III, escrita por Gutierre Diaz de Gamez. Después la de Alvaro de Luna, compuesta por un desconocido, con intención de disculpar á aquel ministro. Fernando del Pulgar escribió la biografía de veinte y seis barones, y la de Fernando é Isabel, en un estilo correcto, pero sin elegancia, originalidad ni reflexiones. Las diferentes vidas de los reyes españoles, de que Buterweck hace el elogio por su precision y naturalidad, no nos parecen á nosotros más que pedantescas, floridas sin arte ni oportunidad, y con el sello de una falsa elegancia que desfigura los tiempos. La historia de los primeros reyes de Portugal ha sido contada por cronistas posteriores, entre los cuales domina Fernando Lopez, guardian de los archivos de la torre del Sepulcro, autor de la biografía de Juan I.

Y aquí nos parece oportuno observar que tanto los poemas como las historias de los extranjeros trataban muy poco de héroes, mientras que en Dante y en Juan Villani es héroe toda la nacion ó la humanidad, segun conviene á las ideas republicanas, en que el mérito es lo que constituye la importancia.

(12) Crónica del rey don Pedro, pág. 40. Narr. Tom. IV.

CAPÍTULO XXXII

LITERATURA EXTRANJERA.

Francesa.—Aunque los reyes de Francia protegían los estudios y fundaban bibliotecas, colegios, universidades, la literatura francesa no ofrece en esta época ningun hombre ilustre, y yacen olvidadas las producciones de este tiempo, á escepcion de las historias. La soledad de los castillos habia producido afición á la literatura novelesca, cuyas producciones fueron en verso primeramente, á fin de que los trovadores tuvieran más facilidad en recitarlos de memoria, cuando casi nadie leia; luego fueron puestas en prosa para comodidad de los señores. Desde el año 1462 hasta el año de 1520 se imprimieron doscientos cuarenta y cinco libros de caballeria, de los cuales son alegóricos muchos con el mal gusto de la novela de la Rosa sin sus bellezas: demuestra cuán populares eran las alusiones continuas que se hacen en su texto y las mascaradas y representaciones que se sacaban de ellas.

Tambien los *fabliaux* se trasladaron á la prosa de donde han nacido tantas colecciones de cuentos. El delfin Luis mandó coleccionar las cien novelas, «que son muy divertidas de contar en todas las buenas compañías para estar alegres,» y donde figuran el mismo delfin, el duque de Borgoña y los grandes de la corte. Estas narraciones son siempre licenciosas, aunque se recitaban en presencia de damas.

Señalan las leyendas un paso dado por la lengua francesa, á la cual se empezaron á trasladar los giros de la lengua de oc y las formas líricas. Carlos, duque de Orleans, descendia de Valentina de Milan, lo cual esplica la delicadeza de su gusto, tan superior á la de sus contemporáneos. Exhortado por su madre moribunda á vengar el asesinato de su padre, se ligó contra el duque de Borgoña con los duques de Borbon y de Berry; después, cuando la muerte del primero, habiéndose coaligado con el rey de Francia, peleó en Azincourt, y habiendo caido pri-

sionero, se consoló durante veinte y cinco años de cautiverio, cantando sus composiciones, las más originales de aquel siglo (1). Ellas manifiestan el progreso de la lengua y del gusto; la esposicion es fácil, las rimas cuidadas y bien entendidas, evitadas las elisiones, así como las voces truncadas. Rinde tambien tributo á las alegorias y á las ideas de entonces; sus conceptos son débiles, pero graciosos; en vez de débiles lamentaciones ó quejas vulgares, templa el dolor con el brillo de la sonrisa (2). Lloró á una hermosa abandonada en el continente; sin embargo, las de la isla le amaban, y en honor á la memoria de su madre dedicaron el dia de san Valentin á la fiesta de Amor.

Juan, duque de Borbon, su compañero de infortunio (3), Renato de Anjú, y Juan II de Lorena,

(1) *Poesias de Carlos, duque de Orleans, publicadas de los manuscritos originales y auténticos*, por M. Champollion-Figeac, Paris, 1842.—*Poesias de Carlos de Orleans*, por M. Guichard, Paris, 1842.

(2) *En regardant vers le pays de France, Ung jour m'advoit adouze sur la mer: Qu'il me souvient de la douce plaisance Que je soulois audit pays trouver! Si commençai du cœur á souspirer, Combien certes que grant bien me faisoit De veoir France que mon cœur amer doit.*

Alors changeai en la nef d'esperance Tous mes souhaits, en les priant d'aller Oultre la mer, sans fair demourance, Et á France de me recommander.

(3) Al marchar el duque de Borgoña para Francia, el de Orleans le dirigia el madrigal siguiente: *Puisqu'ainsi est que vous allez en France, Duc de Bourbon, mon compagnon très-chier, Où Dieu vous doint, selon la desirance Que tous avons, bien pavoit besougnier,*